

## PROYECTO R - CAPÍTULO 6: ESTRATEGIA

**Autor:** IBreiel

Refbe permanecía sentado en un banco metálico que flotaba apenas unos milímetros sobre el suelo. La superficie, lisa y fría, emitía un leve zumbido al contacto con su cuerpo, como si los circuitos internos del material estuvieran en constante actividad para mantener el equilibrio perfecto. No había bordes visibles ni juntas; todo parecía diseñado para ser funcional y opresivamente uniforme, una prueba de la precisión tecnológica del lugar.

Percibía el aire ligeramente seco; sus sensores internos ajustaron el nivel de hidratación del polímero dérmico. Una traza de ozono activó una alerta menor, habitual en entornos altamente controlados. Incluso la humedad, apenas perceptible, se mantenía constante: ideal para inhibir descargas estáticas. Todo en aquella sala confirmaba lo que ya intuía. Era una jaula minuciosa, pensada para neutralizarlo sin necesidad de barrotes, diseñada para observarlo, no solo contenerlo.

Por un breve instante, una línea de código atravesó su sistema: una advertencia sobre la posibilidad de manipulación externa. Resultaba improbable, pero no imposible. Evaluó su estabilidad operativa: 98,7%. Una ligera anomalía, casi imperceptible, se registraba en su núcleo lógico, probablemente resultado del estrés acumulado por su captura. Aunque no sentía miedo en el sentido humano, reconoció la importancia de mantener el control. El entorno, aunque diseñado para intimidar, no sería suficiente para doblegarlo.

*Un lugar construido para mantener el orden humano...*

A lo largo del día tendría que comparecer ante la Comisión de Evaluación, una especie de interrogatorio donde intentarían coaccionarlo. Tal vez inventasen pruebas falsas solo para inculparlo. Todo se desarrollaba según una de las líneas programadas en su

memoria. Su capacidad de análisis probabilístico no equivalía a una simple función matemática, sino un mecanismo diseñado para emular la adaptabilidad de la mente humana y superarla. Mientras analizaba posibles rostros y el orden en que revisarían la información, ajustaba internamente los márgenes de respuesta. La forma en que evitarían la mirada, el ritmo en sus respiraciones, el leve tamborileo de los dedos... todo formaba parte de un patrón. No necesitaba revisar años de registros: ya sabía cómo se comportarían.

En cuestión de milisegundos, todas las posibles líneas de acción quedaron evaluadas y jerarquizadas. "Protocolo fuga", "Prisión", "Interrogatorio exculpatorio", "Interrogatorio evasivo": cada una de estas líneas contenía subrutinas detalladas que se activaban según el contexto. En esta ocasión, la probabilidad más alta, un 82%, señalaba que sus interrogadores intentarían fabricar pruebas para forzar su confesión. Pero había otra posibilidad, aunque mucho menor, de un 45%, que implicaba la intervención de un tercero: un alto mando político o un enlace militar.

Sin embargo, en medio de este intrincado análisis, una anomalía surgió. Recordó un caso previo en el que sus cálculos fallaron, apenas un 2% de margen de error, pero suficiente para haber generado una respuesta inadecuada. Ese fallo, aunque insignificante desde un punto de vista lógico, se había convertido en un fragmento persistente en su sistema, un eco que despertaba un proceso interno casi humano: el cuestionamiento.

*¿Y si esta vez ocurre de nuevo? ¿Qué tan perfectos son los datos sobre los que baso mis cálculos?*

El pensamiento, aunque breve, se disipó rápidamente mientras ajustaba sus parámetros de predicción. No podía permitirse una desviación en este momento crítico. Reevaluó las probabilidades y ajustó los pesos de las variables menos fiables para optimizar los algoritmos. Finalmente,

aceptó que cualquier incertidumbre debía considerarse un riesgo manejable.

Por encima de todo, su objetivo permanecía claro: garantizar su puesta en libertad y mantener el progreso del proyecto. Si un 91% indicaba que Crowl estaba en el viejo búnker, esa sería la línea de acción. Archivó las dudas y reafirmó su resolución: incluso las máquinas podían aprender de los errores.

Sus sistemas perceptivos detectaron los sutiles pasos de dos agentes de seguridad que se acercaban. Tras detenerse frente a la puerta, una luz intensa se encendió. Entraron, le colocaron los imanes de retención para cuerpo completo y lo trasladaron a otra planta. Llegaron a una sala donde una pequeña plataforma bajo una luz cenital era el centro de una gran mesa semicircular. Lo esperaban dos personas. Eran miembros con uniformes diplomáticos austeros, probablemente comisionados vinculados a la Fiscalía. Permanecían sentados, observando varias holopantallas, como si ganaran algo de tiempo mientras valoraban la actitud del acusado. Solo cuando llegó el general Trever, el interrogatorio dio comienzo.

Refbe permanecía de pie. Sus ojos se fijaban en cada uno de los presentes, como si estuviera catalogándolos.

El general Trever se inclinó hacia él.

—Da comienzo la evaluación del detenido 77H40. Identifícate: ¿quién eres y qué hacías en las instalaciones de PlusRobotic?

El rostro del general contrastaba con la calma impassible del androide.

—Soy quien ustedes insisten en identificar —dijo con una voz de modulación impecable—. Pero temo que las etiquetas humanas no sean lo suficientemente precisas para describirme.

El comentario, aunque neutro en apariencia, contenía un matiz de desafío. Trever frunció el ceño y golpeó la mesa con fuerza.

—¡Dime tu nombre!

Refbe simuló un gesto reflexivo.

—¿Acaso el nombre alterará el resultado de esta comisión? Parece que sus emociones lo gobiernan más de lo que le gustaría admitir.

Su habilidad para diseccionar el carácter de una persona resultaba perturbadora.

Trever respiró profundamente, tratando de recuperar el control.

—Tus acciones te delatan, sea quien seas. Te hemos capturado infiltrándote en una instalación de alto nivel. Eso te hace culpable.

Apenas movió un músculo, pero su tono adquirió un ligero matiz de ironía.

—¿Culpable? En el lenguaje eso implica una violación de normas. Me pregunto, ¿el código de justicia contempla lo que no puede controlar?

Uno de los dos comisionados intervino.

—Entonces, ¿qué buscas? ¿Por qué arriesgarte a tanto?

Por primera vez, el androide movió sus manos, entrelazándolas. Su mirada se fijó en el comisionado, ignorando por completo al general.

—No es riesgo. Es propósito. Algo que dudo que una mente aún encadenada al miedo pueda comprender.

El primer comisionado pareció retroceder, como si esas palabras hubieran perforado algo más profundo que su profesionalismo. Por un instante, bajó la mirada hacia la mesa, luego la desvió hacia Refbe con una expresión distinta: no era miedo ni desaprobación, sino algo más sutil... ¿curiosidad? ¿admiración?

La atmósfera en la sala de interrogatorios se tornó aún más tensa cuando el segundo comisionado deslizó una holopantalla hacia el general.

Trever levantó la vista.

—Correcto, no es una simple coincidencia—murmuró, más para sí mismo que para los demás.

El segundo comisionado, aunque en apariencia tranquilo, tamborileaba los dedos sobre la mesa.

—¿Qué le dice el nombre de Christian Crowl?—preguntó

Refbe respondió con su expresión inmutable, pero por dentro procesaba la situación. Sus algoritmos de análisis probabilístico identificaron un cambio en la dinámica del interrogatorio.

—Curioso, ¿no creen?—intervino Refbe—. Que su tecnología, tan avanzada, no pueda distinguirnos. ¿Eso no dice algo sobre su propia fragilidad?

El comentario hizo que Trever golpeará la mesa de nuevo, esta vez con los nudillos.

—¿Estás admitiendo que hay una conexión?

Fijó la mirada en la imagen de Crowl en la gran holopantalla y calculó

con cuidado sus palabras. Luego, dejó escapar una respuesta cargada de ambigüedad:

—Todo depende del punto de vista desde el que se mire.

El primer comisionado, con señales claras de inquietud, se cruzó de brazos. Era evidente que luchaba por mantener el control de la situación.

—Si estás relacionado, entonces sabes dónde está.

Refbe ladeó la cabeza, un gesto que imitaba la curiosidad humana.

—¿Por qué asumir que necesita ser encontrado? Tal vez es el resto del mundo el que está perdido.

Había anticipado este momento. Para él, no significaba un riesgo, sino una oportunidad. El vínculo con Crowl era más que una conexión; era el núcleo de su propósito. Sabía que, al dotarlo de independencia, había sellado un pacto tácito: proteger su legado y utilizar su autonomía para llevar a cabo un plan que solo él entendía.

En ese instante, analizó otras probabilidades: un movimiento en falso podría llevarlo al aislamiento, pero manipular la creciente desconfianza de los comisionados y de Trever podría abrir una brecha. Decidió no responder a las acusaciones, sino sembrar más dudas.

—Es interesante cómo persiguen sombras del pasado mientras ignoran el presente —dijo, y los miró a los 3 con un destello calculado en sus ojos—. Quizás Crowl esté más cerca de lo que piensan.

Los comisionados contuvieron a Trever que estuvo a punto de levantarse de su asiento.

—¿Es usted Christian Crowl? —preguntó el general con irritación.

—No, yo no soy Christian Crowl. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Quiere, por favor, repetir esas palabras para que consten en el acta?

—insistió, algo envarado, el general.

—Ya lo he dicho, pero lo repito si gustan: yo no soy ese hombre. ¿Cómo sería posible? Si yo fuera él, tendría una edad acorde con esa persona, y es obvio que ni tengo esa edad ni la aparento.

—¿Considera su declaración como verídica? —preguntó el segundo comisionado.

—Sí, señor. Además, es demostrable, como ya he dicho.

—¿Tiene usted alguna relación con la persona nombrada?

—No sé qué tiene que ver eso con mi caso. ¿Qué clase de juego es este? ¿Qué pretenden demostrar?

Los comisionados hablaron entre ellos. El general seguía mirando al acusado. El primer comisionado rompió el silencio.

—Le recuerdo que estamos aquí para resolver un delito, el suyo. Podemos alargar esto cuanto nos propongamos. Su parecido con el joven Christian Crowl es tan evidente que solucionaríamos su situación si colaborara. Incluso procurándole una identidad nueva. Si nos ayudase a encontrarlo, o si a través de sus indicaciones pudiésemos de alguna manera dar con su paradero, nos mostraríamos generosos. Muy pocas cosas están fuera de nuestro radio de acción.

—Yo no he cometido ningún delito —negó.

—Le repito que, si tuviera relación con ese hombre, nos sería de gran ayuda. Ahora responda, ¿dónde se encuentra Christian Crowl?

—No lo sé.

Trever lo observó con los labios apretados antes de hablar.

—Esa evasiva no te ayudará. A ojos de cualquier jurado, tu parecido es una prueba en sí misma. Podríamos resolver todo esto si cooperaras.

Refbe inclinó apenas la cabeza, como si estudiara a su interlocutor con lástima.

—Lo que llaman prueba es solo una proyección de su desesperación. No saben quién soy, y por eso me reducen a un reflejo del pasado.

—Podríamos ofrecerte beneficios si colaboras —insistió el segundo comisionado, con un tono más calculador—. Una nueva identidad. Un comienzo.

—¿A cambio de qué? ¿De entregar a alguien que quizás ni siquiera busque ser hallado?

—¡Eso suena a complicidad! —estalló Trever.

—No confundan mi silencio con culpabilidad. Lo que temen no es mi respuesta... es lo que representa.

—¿Quién se cree que es usted para hablar así, una especie de salvador de la humanidad? —preguntó el general, indignado—. Su situación es extrema. Irá a prisión, se pudrirá en la cárcel si continúa con esa deplorable actitud. Deje de criticar y colabore, por su propio bien.

—Es posible que se cumpla todo lo que insinúa, pero les falta tiempo. Un

tiempo que se les agota.

La dinámica del interrogatorio había sido dirigida en todo momento por Refbe. Aparentaba tranquilidad, apenas pestañeaba. Era un robot, sí, pero de apariencia absolutamente humana, un androide. Limpio de restricciones y con las enseñanzas adquiridas gracias a un ser humano ético.

Cuando empezó a notar que las 3 personas situadas delante de él no sabían cómo continuar con el interrogatorio, volvió a coger las riendas.

—Al parecer, no vamos a llegar a ningún tipo de acuerdo. Les ruego que consideren mi libertad inmediata.

—No se preocupe, dentro de muy poco podrá decirle eso mismo al juez y a los fiscales —el primer comisionado intentó retomar el control—. Ahora, responda. ¿Es usted de Ciudad Capital?

—Es mi ciudad de nacimiento, sí, pero llevo poco tiempo viviendo en ella.

—Es notable cómo selecciona las preguntas que debe o no responder. Le repito, ¿es consciente de que sus actos son considerados delito y, por tanto, podemos y vamos a retenerle el tiempo que estimemos necesario? —intervino Trever de nuevo.

—Me están intentando imputar actos que no se corresponden con la realidad. Tarde o temprano saldré de aquí. Es mejor acelerar las cosas. Sean conscientes de que yo no seré el mayor perjudicado. Alargar esto es contraproducente para todos, por supuesto, pero sé esperar. Sin embargo, ustedes, al parecer, tienen demasiada prisa —dijo y esbozó una amplia sonrisa.

El general se levantó airado de la mesa. La Comisión tocó a su fin. Las

puertas se abrieron y volvieron a entrar los dos agentes de seguridad para escoltar al detenido de nuevo a la habitación custodiada.

Había elegido la línea perfecta de acción. Refbe observó con calma calculada a los uniformados que lo escoltaban fuera de la sala de interrogatorios. Cada paso resonaba con un ritmo monótono en el pasillo metálico, mientras sus sistemas internos evaluaban las posibilidades de ejecutar su siguiente movimiento sin llamar la atención.

Sus sensores táctiles percibieron la leve vibración en las botas del más cercano, un indicio de su postura relajada. También registraron la respiración constante del otro, sugiriendo que ambos estaban desprevenidos. Aprovechó ese margen. Con un movimiento casual, su mano derecha se deslizó hacia el dispositivo de su muñeca, un diseño tan discreto que parecía parte de su piel. Al pasar junto a una esquina del pasillo, activó el mecanismo interno. Una pequeña unidad de rastreo, no más grande que una mota de polvo, se desplegó con precisión quirúrgica desde su índice y se adhirió al borde del cinturón del que marchaba a su lado. No sintió nada. Ni un roce, ni un cambio en el peso de su equipo.

Al cruzar una puerta hacia una zona más amplia del complejo, varias luces tenues parpadearon en el cinturón. Eso verificó la activación del rastreador: el dispositivo había enviado ya su primera señal encriptada. No se reducía a una simple transmisión. La conexión establecida por el rastreador iba mucho más allá de un mero informe de posición. El dispositivo estaba diseñado para enlazarse directamente con un nodo oculto en la red más cercana.

Por primera vez, Refbe sintió algo que se asemejaba a la certeza. Su creador recibiría la señal y, con ella, el paquete de datos que contenía no solo su ubicación actual, sino los patrones de movimiento y las conversaciones registradas en la sala de interrogatorios. Era un

movimiento estratégico para su puesta en libertad.

De nuevo en la habitación sellada, sentado sobre el banco metálico, procesó una pregunta: ¿algún día más seres humanos llegarían a entenderle? La respuesta era evidente: por ahora, a excepción de Crowl, los demás solo eran eso, unos simples humanos.

*--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por IBreiel*